

Esto no es para mujeres¹

Nora Franco*

"Esta revista es muy interesante", comentó enfatizando el *muy*, mientras hojeaba un ejemplar del mes de noviembre de 2002 de la revista *Universidad de México*. Se detuvo en las páginas del dossier "Del DNA a la genómica: la revolución biológica contemporánea". "Me va a permitir que fotocopie este trabajo, ¿verdad? Precisamente en unos días tengo que dictar una conferencia sobre el tema y lo tomaré como fuente documental." En los cinco años del bachillerato tuvo instrucción militar; fue la primera mujer decana de medicina de la Universidad Nacional de El Salvador (UES) y actualmente es la rectora de la misma universidad; durante 20 años fue funcionaria de la Organización Panamericana de la Salud; obtuvo innumerables reconocimientos y galardones internacionales. Entre ellos, en marzo de 2002, recibió el Premio al Mérito en Salud Pública dentro del marco de la celebración del LXXX aniversario de la Escuela de Salud Pública de México y del XV aniversario del Instituto de Salud Pública de México. Contradictoriamente, cuando la hoy doctora María Isabel Rodríguez era una estudiante interesada en cursar Medicina en la UES, el decano trató de disuadirla con la célebre y misógina frase: "Esto no es para mujeres".

Con ustedes, una mujer:

—Fui una niña sin abuelos e hija de una madre soltera, Concepción Rodríguez. Mi madre, también hija de madre soltera, era la menor de dos her-

manas y un hermano. Gente humilde del interior salvadoreño que llegó a la capital a principios del siglo pasado a trabajar en el negocio de una prima casada con un abogado de piel oscura. Mi madre era apenas una jovencita cuando una vez estaba pasando sus vacaciones en la finca del abogado y su esposa. Este señor era uno de esos hombres que tenían conquistas fuera del matrimonio y un día se le ocurrió embarazarse a mi madre. Entonces sus hermanas se separaron de la prima, pusieron su propia tienda y cuidaron de mi madre como si fuera la hija de ellas. Nací yo y mi madre sólo se dedicó a su hija. Siempre me inculcó eso de ser una niña buena, estudiar mucho... No sé si esto fue positivo o negativo...

—¿Por qué lo dice?

—Porque nunca supe si mi dedicación al estudio era una aptitud personal o el resultado de la educación materna. Ella siempre estuvo muy pendiente de lo que hacía, pero lo cierto es que nunca necesitó decirme que estudiara.

—¿Cómo era su mamá?

—Una mujer bastante inteligente y humilde. Nunca le gustó aparentar en público y hacía que quien apareciera como mi madre en la escuela fuera mi tía Isabel, la hermana que le seguía en edad, o sea que socialmente mi tía era mi madre. De hecho yo llamaba "mamá" a mi madre y a mis tías Isabel y Elena, la hermana mayor de las tres.

—¿Todas vivían juntas?

—Sí, el negocio fue muy próspero y nos permitió tener una casa propia donde vivíamos la tía Elena con sus dos hijos, la tía Isabel con su hija, mi madre y yo. De todas yo era la más feíta y

negrita porque mi padre era de piel oscura... un señor a quien no recuerdo con mucho respeto. Me han dicho que era un hombre brillante, un gran jurista y no sé qué. No lo vi mucho; alguna vez me llevó un regalito; murió cuando yo tenía nueve años... Es decir, nunca lo consideré verdaderamente como mi padre. Yo era una niña tímida y al finalizar la primaria me costaba relacionarme con muchachos de mi edad. Pensé entonces en continuar estudiando en un colegio mixto. Claro, eso en mi casa no estaba previsto: se pensaba que debía ir a un colegio de señoritas y que yo fuera maestra. Sin embargo, a mis 13 años protagonicé mi primer gesto de independencia: sometí mis papeles al Instituto Nacional General Francisco Menéndez, un establecimiento de régimen militar.

—¿Militar?

—Sí, muy reconocido académicamente, pero los oficiales eran coroneles, generales y muchos de los sinvergüenzas que actuaron durante la guerra (1980-1992). En cambio, los profesores integraban la mejor planta académica del país. Estudiábamos con ellos en las mañanas y por las tardes; durante los cinco años tuvimos una intensa instrucción militar.

—¿Cómo logró que en su casa aceptaran su gesto de independencia?

—Mi odisea rompió la armonía familiar. Cuando presenté mis papeles al instituto no había dicho nada a nadie. Poco tiempo después me llega el primer telegrama de mi vida, lo recibe mi madre, me pregunta "qué es esto" y lee: "Usted ha sido aceptada... su madre tiene que presentarse...". Le respondo: "Es que yo quisiera ir al instituto". "¿Le

* Periodista argentina radicada en El Salvador. Es una de las dos responsables del proyecto "Año 2000: Memoria Histórica de las Mujeres en América latina y el Caribe".

has dicho algo a tu tía Isabel?" "No." "¿Y a tu tía Elena?" "Tampoco." Bueno, la pelea fue horrible. La tía Elena se fue de la casa y llegó a decir que, como yo era la feíta, me iba a *perder* en el instituto porque había hombres. Fue tremendo; yo no paraba de temblar. Después de muchas cóleras mi tía Isabel al final aceptó. Entré en 1937. Mi madre seguía muy de cerca mis estudios; fue muy dulce y diría que me inculcó una férrea disciplina sin presionarme porque siempre fui alumna del cuadro de honor del instituto.

—¿Era duro mantenerse permanentemente en el cuadro de honor?

—Sólo una llegada tarde era suficiente para que a una la quitaran. Una vez tuve difteria; no sé cómo no se me complicó con una miocarditis, porque iba a pie hasta el instituto, llegaba medio muerta, me pasaban lista, a la tarde lo volvía a hacer, me guardaban la asistencia, y así evité que me sacaran del cuadro de honor. ¡Absurdo! Unos sacrificios estúpidos porque, ahora que lo pienso, me podría haber muerto caminando por la difteria que tenía.

—¿Y la instrucción militar?

—¡Ah! Eso fue terrible, terrible. Sobre todo a las mujeres nos trataban malísimamente. De un grupo de 70 estudiantes éramos sólo nueve muchachas. ¡Odiábamos a los militares! Los odiábamos porque hacían cosas terriblemente vergonzosas. Todavía no me explico cómo fue, pero recuerdo que un día, sin ponernos de acuerdo, en un momento determinado, todos levantamos las tapas de los pupitres y las dejamos caer al unísono. En ese silencio sepulcral del instituto, aquello sonó como un estallido.

—Imagino cómo sigue la historia.

—Pues sí, para nuestra suerte, justo pasaba un militar por el corredor, entró al aula y parecía que al hombre le salía sangre por los ojos. "¿Quién fue?", nos gritó. Nadie se atrevió a decir lo evidente: "Fuimos todos". Un compañero siempre mostraba los dientes por-

que tenía un defecto en el labio superior. El militar lo vio y creyó que se estaba burlando. "¡Sinvergüenza! Usted todavía se ríe", le increpó al momento que lo tiró al suelo y lo sacó del aula a puntapiés. Se desquitó con el pobre compañero, y el resto, después lo comentamos, tuvimos la intención de caerle encima al coronel, pero como el hombre andaba con su sable y su pistola, nos dio miedo. Además, eran tiempos de la dictadura del general Maximiliano Hernández Martínez, 1940, y en el instituto los militares nos trataban como si fuéramos el enemigo.

—La experiencia más sangüinaria ya la habían protagonizado años antes, en 1932, cuando desataron la masacre de campesinos.

—Exactamente. Yo tenía 14 años y recuerdo ese hecho como algo muy doloroso porque, además, una gente muy amiga de mi familia, los Marín, fueron fusilados, como todos, injustamente. Conservo imágenes muy contradictorias de esa época: la angustia de mi madre y mis tías expresada silenciosamente, el miedo de hablar, incluso dentro de la casa, y por otro lado, lo que provocaba ese terror: la versión oficial de que había sido "un levantamiento comunista" y que era necesario seguir persiguiendo a "los malvados comunistas del país". Sumado a esto, por ese tiempo también se produjo la erupción de un volcán en Guatemala y el ambiente estaba cargado de cenizas. En mi mente de jovencita se agudizó el terror entre el fenómeno natural y el paso continuo de carros militares por la calle de casa. Cuando se acercaban haciendo sonar las sirenas, veía en los rostros de mi familia gestos de repudio... pero no decían nada y si yo intentaba hablar del tema, mi madre siempre me decía "cuidado, cuidado". El mensaje era de protección: no preguntes, no hables porque *eso* es peligroso. Yo vivía en una nube de confusión.

—¿Después pudo reflexionar sobre esos momentos?

—¿Sabe cuándo hice una verdadera valoración del movimiento campesino del 32?: recién después de regresar de mi posgrado, en 1954, cuando tuve en mis manos el primer libro sobre la matanza del 32 —que por cierto entró clandestinamente al país—, escrito por un estadounidense.

—¿En qué año ingresó a la universidad?

—En 1942, al año siguiente de graduarme como bachiller en el instituto.

—No se dio mucho tiempo para disfrutar del adiós a cinco años de régimen opresivo.

—Pues no, pero debo decir que, en el plano académico, el instituto fomentaba el libre pensamiento y que fuéramos personas cultas. Nuestro odio a los militares y a la dictadura era mudo, fuerte y profundo. En ese ambiente represivo buscábamos formas de libertad. No lograron subordinarnos. La mayoría de los estudiantes, después, se convirtieron en líderes del movimiento social.

—¿Su rebelión?

—Mi rebelión y, a la vez, una continuidad de lo que diría mi opresión personal, se dio cuando elegí matricularme en la Escuela de Medicina. Era 1942, y las mujeres, particularmente, eran reprobadas durante los primeros años de la carrera. Yo tuve una recepción especial: me llamó el decano, el doctor Salvador Rivas Pides, y me preguntó: "¿Para qué quieres estudiar Medicina?" "Es que a mí me gusta", le contesté, por cierto, sin principios muy sólidos. El señor continuó: "Mira, la mujer está hecha para cuidar su casa, tener hijos, cocinar... El hombre necesita una mujer en el hogar". A continuación me nombra todas las mujeres que habían intentado estudiar sin haberlo logrado, las pocas que llevaban diez años en la carrera "pero que nunca se graduarán", enfatizó, y por último me advirtió: "No pierdas tiempo, esto no es para mujeres".

—¿Qué asco!

—Pues yo diría que semejante *diagnóstico* me estimuló, y sencillamente le contesté que lo iba a intentar. En los años tempranos de la carrera, la enseñanza no me resultó atractiva ni motivadora: era tremendamente memorística y rígida. Pero no quiero ser injusta, reconozco que a partir del tercer año, en el hospital, tuve la figura que más impactó en mi formación médica: el doctor Ricardo Salvador Quezada, un cardiólogo que se formó en Londres al lado de uno de los investigadores más famosos en el campo de la investigación cardiovascular. Ambos fueron los primeros en poner un catéter en un corazón. Con el doctor Quezada, un hombre de conocimientos tan sólidos, me formé desde jovencita, de manera que cuando terminé la carrera era prácticamente una cardióloga. Recuerdo que aún era estudiante cuando vino el director del Instituto Nacional de Cardiología de México, el profesor Chávez, a quien le presenté pacientes, y con él discutí sobre sus patologías. El maestro Chávez me preguntó entonces cuándo me había graduado, le respondí que todavía estaba estudiando y me dijo: "Pero si tú ya eres una cardióloga".

—La estudiante impactando al profesor.

—De alguna manera sí, y él lo comprendió bien cuando le dije que era la asistente del doctor Quezada. Le comenté que mi intención era hacer la subespecialidad en electrocardiología en el instituto bajo su dirección. "Tú no necesitas cursar cardiología, vas a hacer el posgrado en cardiología y la especialidad en electro." O sea, me aceptó para estudiar en el instituto cuando todavía no me había graduado.

—Y la impactada fue usted.

—Por supuesto. También se vivía por esa época mucho impacto social porque se aceleraba la movilización popular contra el general Hernández Martínez, hasta que la huelga nacional de brazos caídos lo bota en 1944. La universidad

se plegó activamente a esa lucha. Los estudiantes tal vez no teníamos una formación política muy sólida, pero sabíamos contra quién estábamos luchando. Participábamos con vehemencia, pero creo que éramos como niños y nos exponíamos a que nos pasara cualquier cosa, como esa vez que me tocó llevar no sé cuántas balas camufladas en una caja de cereales. Yo era tan inexperta... Pero en fin, en mayo de 1949 me gradúo, y 15 días después viajo a México. Estudié en el Instituto Nacional de Cardiología durante cinco años y regresé a El Salvador en 1954 con mi posgrado en ciencias fisiológicas.

—¿Estaba interesada en volver?

—Mi mayor interés era enseñar en la Facultad de Medicina de la Universidad de El Salvador. Comienza, pues, mi carrera docente a partir de ese mismo año y hasta 1972. También me tocó ser la primer mujer decana de la Facultad de Medicina entre 1967 y 1971. Son años que recuerdo de mucho estímulo, de importantes transformaciones en la facultad y, al mismo tiempo, muy duros. Cuando en la década de los sesenta estábamos logrando los frutos, comienza ese movimiento social, político, convulsivo, tanto en El Salvador como en el mundo: Tlatelolco en México, el mayo francés, y en la universidad se produce un movimiento interno muy difícil, incontrolable: la lucha por el cupo, por romper con ciertas conquistas. Creo que fue una confusión de la misma izquierda que asociaba, erróneamente, al científico con el reaccionario, a la ciencia con el cientificismo.

—A la vez, la propia universidad era un centro neurálgico de oposición a la dictadura.

—Al punto de convertirse en el enemigo número uno del gobierno, hasta que en 1972 la intervienen militarmente. Un día y medio antes viví uno de los hechos más duros de mi existencia. Después de que finalizó mi periodo como decana de la Facultad de Medicina, en 1971, pasé a ser la jefa del

Departamento de Fisiología y Farmacia mientras continuaba con la docencia en medicina. Es la época en que la bandera de lucha de los revolucionarios exigía que entraran dos mil estudiantes a medicina, algo absurdo. Se produce un caos entre la universidad y la facultad. Se enfilan las baterías contra quienes no estábamos de acuerdo con el cupo irrestricto. El Consejo Superior Universitario nos hace un juicio y soy la única que asiste. Me defendí presentando mi historia de vida en la universidad. Incluso había algunas personas extranjeras, entre ellas un argentino, que habían llegado para promover que yo estaba contra la democratización universitaria, absurdo por completo. La decisión, aunque no estuvo aprobada por mayoría, fue destituirme como docente. No formulé reclamo alguno y salí completamente dolida.

—¿Se trató de un procedimiento legal?

—Pues fíjese que al día siguiente llegaron muchos profesores a mi casa diciendo que el rector reconoció que se cometió una ilegalidad y que se había convocado de nuevo al consejo para el día siguiente, 17 de julio de 1972.

—El 17 de julio de 1972 no es la fecha...

—Pues sí, ese día los militares invadieron y tomaron la universidad. Mi reconsideración ya no tuvo lugar porque el Consejo estaba citado para las dos de la tarde.

—¿Entonces?

—Prácticamente mi vida académica en la universidad termina en ese momento. Sin embargo, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) me había invitado para hacer una consultoría y me voy a Washington. Así comenzó mi peregrinar en el exterior como funcionaria de la OPS. Fue doloroso dejar la universidad, pero el trabajo internacional fue una experiencia extraordinaria que la supe aprovechar como representante de la OPS en República Dominicana; también viví momentos hermosos, en México, entre

1973 y 1978, como responsable de Desarrollo de Recursos Humanos en Salud, y desde México pude cubrir los países del Caribe español; además, me tocó trabajar de cerca con la Universidad Autónoma Metropolitana, donde creamos el primer Programa de Medicina Social; después pasé a Venezuela a desarrollar en los países andinos la misma experiencia de México.

—¿Cuánto tiempo fue funcionaria de la OPS?

—Yo debía finalizar mi carrera profesional en el 82, cuando concluía en mi cargo de representante de la OPS en República Dominicana. Estaba cumpliendo 60 años y me correspondía el retiro, pero el director de la OPS me invitó a ir a Washington para trabajar en algo extraordinario: iniciar una nueva línea de formación de jóvenes salubristas en el campo de la salud internacional. Ese trabajo fue mi lujo: durante casi una década acompañé a diez salubristas anualmente en el programa que los llevó a desarrollar la idea de que la salud es un instrumento de política internacional, tanto en lo científico, lo técnico y lo financiero. Después, finalmente regresé a El Salvador tras 22 años de estar ausente. No volví como una extraña sino a articularme nuevamente con mis raíces.

—¿En qué año?

—A finales de 1994, creyendo que iba a estar tranquila para hacer lo que me diera la gana...

—¿Pero?

—Llegué, me compliqué y me comprometí otra vez con la universidad. Primero trabajé *ad honorem* en la Facultad de Medicina. Después, me encuentro con algo totalmente inesperado para mí: comienzan a presionarme para que me postule a la rectoría. No sé cuántas veces dije que no, pero me entró el gusanito del deseo de hacer algo más por la universidad. Y ya ve: soy la rectora hasta octubre de 2003.

—Doctora, ¿y su corazón?

—¿Mi corazón? ¡Ah! Hubo un pequeño *incidente* en mi vida que no le conté: en 1969 me casé. Mi esposo había sido subdirector de la Organización Mundial de la Salud y tuvo el mismo cargo también en la OPS. Un hombre salvadoreño de origen suizo que prácticamente vivió siempre fuera de El Salvador. Por eso mismo, cuando nos casamos, además de que él ya se había retirado, cumplió su deseo: vivir definitivamente en el país. Pero en 1972 suceden los acontecimientos que le narré y tuvimos que salir de El Salvador. Para él, más que para mí, fue duro, durísimo. Nos establecimos en México y, lastimosamente, en 1974 tuvo un accidente cerebral y murió. A partir de ese momento me quedé sola, pero nunca me sentí sola, ésa es la verdad. Lo más doloroso que le puede suceder a quien es funcionario internacional es dejar el país donde uno se articula. Para mí fue tan triste salir de México cuando me enviaron a Venezuela. Me costó igual dejar Venezuela y después República Dominicana. Soy muy fácil para adaptarme al lugar que llevo, lo que me cuesta es dejarlo.

—¿Es mi impresión o también le está costando dejar esta entrevista?

—No, ya debemos terminar. Considerando que tengo 80 años, nací el 5 de noviembre de 1922, no sé cuánto tiempo llevaría contarle más sobre mi vida... Aunque tal vez tenga usted razón, es que me ha hecho evocar tantos recuerdos. Debo parecer una mujer transgresora, pero pienso que a lo mejor me ha tocado serlo. Me ha tocado ser la primera decana de medicina, la primera rectora de esta universidad... Han sido los tumbos de la vida los que me han puesto en estos primeros lugares, yo no lo he planificado. Pero ¿qué no hice? Quizás, a veces lo pienso, qué bueno hubiera sido haberme quedado en mi carrera científica. ¿Cómo es que salí de allí? ¿Por qué dejé el laboratorio para ir al decanato de medicina? ¿Por

qué rompí con mi carrera científica? Todavía no lo sé. Yo he tenido muchas vidas y, al cabo de tantas, una se pregunta: ¿Qué soy? ◀

¹ Entrevista realizada el miércoles 19 de febrero de 2003.

